



Eleanor Farjeon: el primer premio Andersen

Amalia Bermejo¹²

En 1956 se otorgó por primera vez la Medalla Internacional Hans Christian Andersen. Se concedía a un solo libro, no a la obra completa de un autor, como se hizo posteriormente. Aquel año, el premio recayó en *The little Bookroom*, de la escritora británica Eleanor Farjeon. En España se tradujo y publicó por la Editorial Juventud en 1960, con el título del cuento que inicia la colección de 27, *La princesa que pedía la luna*.

Hace muy pocos días he encontrado ese libro en una venta de saldos en un rincón de una librería de Madrid. Se trata de la segunda edición, de 1973. Ha sido una llamada de atención hacia el poco favorable destino de ciertos libros, juzgados brillantes y merecedores del máximo honor por los especialistas de su época y que, pocos años después, caen en el olvido. Al tratar de leer el otro libro de la autora traducido al español, *El zarapito plateado* (SM, 1986) me he encontrado con que la editorial lo ha descatalogado.

La lectura de *La princesa que pedía la luna* puede explicar en parte los bajos resultados de ventas que, sin duda, fuerzan a las editoriales a prescindir de ciertos títulos. No es un libro actual, podría decirse. Sin duda tiene méritos patentes que hace cuarenta años, dada la situación de la literatura infantil entonces, parecerían imperecederos. Lo han sido, sin embargo, en los autores premiados en años sucesivos, Astrid Lindgren y Erich Kästner. ¿Qué es lo que falla en Eleanor Farjeon o al menos en sus traducciones al español?

Nacida en 1881 en Londres, en el seno de una familia de escritores y artistas, Eleanor Farjeon comenzó a escribir muy joven, colaboró en periódicos

y escribió poesía, teatro, cuento y novela para niños y adultos. En Gran Bretaña es muy conocida su obra, especialmente algunos de sus libros de poemas y canciones infantiles.

La Princesa que pedía la luna es un libro extenso -más de doscientas páginas- que incluye cuentos muy diversos, por su tema y tratamiento, fantásticos, realistas o absurdos. Comienzan casi siempre con el clásico «érase una vez», no son sentimentales ni cursis, y reflejan con claridad el mundo de valores cercano a la autora. Fidelidad, amistad y justicia son más importantes que el rango o los bienes materiales. Sin duda son moralistas, pero esa moral no predica, no estorba. Están llenos de un humor rico, que roza la ironía, muy inglés.

Algunos de los cuentos son tan sorprendentes como el de *¡Y yo acuno a mi niño!*, la historia de la niña de diez años que cuida de su bisabuela, de ciento diez. Los papeles están cambiados, la anciana juega con una muñeca, pide golosinas y teme al asilo, al que la llevan cuando su nieta está enferma. Su situación económica es crítica, pero les salva la venta de un libro del poeta Thomas Dekker, antepasado de las dos.

Esa aparición del libro salvador no es casual. Para Eleanor Farjeon los libros eran parte de la vida y el título inglés *The little Bookroom* hace referencia a la pequeña habitación repleta de libros que la autora tenía en su casa familiar, donde nunca entraba nadie, ni siquiera a limpiar, como nos cuenta en el sabroso prólogo y donde ella podía encontrar todo tipo de libros, cubiertos a veces de polvo, que no rechazaba, sino disfrutaba, ya que «la habitación no hubiera sido la misma sin su polvo: polvo de estrellas, polvo de oro, polvo de plantas, el polvo que vuelve al polvo bajo tierra y brota de su falda en forma de jacinto».

Y cita a la poetisa norteamericana Emily Dickinson:

Este polvo tranquilo fue señores y damas,
muchachas y donceles;
fue risas, manos hábiles, suspiros,
rizos y blusas leves.



Il. de M. D. Salmons para *La Princesa que pedía la luna*, de Eleanor Farjeon (Barcelona: Juventud, 1973, p. 97).

y a la poetisa inglesa Viola Meynell, que al limpiar sus estantes del polvo «que viene en secreto cada día» considera:

Oh, este polvo que yo sacudiré
es flores y reyes,
es el templo de Salomón, poetas, Nínive...

Este extraordinario prólogo, que copiaría completo si hubiera espacio, merece ya que un buen aficionado a los libros se asome a las páginas de éste: «Aquella biblioteca polvorienta, cuyas ventanas jamás se abrían, a través de cuyos cristales el sol de verano lograba enviar algunos rayos sin lustre..., abrió para mí mágicas ventanas por las que yo contemplaba otros mundos y otros tiempos, mundos llenos de poesía y de prosa, de hechos y fantasías. Allí existían antiguas piezas de teatro, historias y viejos romances, supersticiones y leyendas y lo que se llaman curiosidades de la literatura. Había un libro, *Las noches florentinas*, que me fascinaba; otro, *Los cuentos de Hoffmann*, me asustaba; y *La bruja de ámbar*, que en nada se parecía a las brujas a que estaba yo acostumbrada en los cuentos de hadas que despertaban mi entusiasmo». Creo que estos párrafos reflejan más el mundo de la autora que cualquier análisis de su obra. Y fue esa «biblioteca

pequeña» la que dio título y en gran medida inspiró el libro que ahora se salda.

No es mi intención convertir esta sección de la revista «Amigos del Libro» en un apartado de epitafios bibliográficos, pero quizá el libro hubiese merecido una segunda oportunidad. Una revisión de la traducción, a veces un poco amanerada, unas nuevas ilustraciones, o quizá la recuperación de las viejas, las de la versión inglesa, de Edward Ardizzone, que se sustituyeron inexplicablemente por unas anodinas ilustraciones, en la actualidad pasadas de moda y poco atractivas.



II. de Edward Ardizzone para *Jim at the corner*, de Eleanor Farjeon.

Queda en el aire un tema que sería interesante discutir. Qué es lo que contribuye a la permanencia de un libro en el mercado, a su aceptación por el público o a su rechazo. No se trata sólo de calidad, de temática, es algo que va más allá. A veces incluso el rechazo se ceba en autores que han puesto el listón demasiado alto, han pretendido dar a los niños una literatura similar a la que destinan a los adultos. ¿Aceptarían los niños este libro de cuentos? La prueba es sencilla... y barata, sólo 345 pesetas.

La introducción concluye con una invitación a desempolvar todas esas pequeñas joyas que duermen en las bibliotecas: «Siete muchachas con siete escobas, barriendo durante medio siglo, no han podido limpiar mi imaginación del polvo, de templos desvanecidos, de flores y reyes, de rizos de damas, de suspiros de poeta y risas de niños y niñas:

esas partículas doradas que, como polvo en el aire, tienen que volver al polvo en cualquier biblioteca pequeña y que, venturosamente, a veces resurgen por un instante a la luz».

2010 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

[Facilitado por la Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes](#)

Súmese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#) www.biblioteca.org.ar

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](#). www.biblioteca.org.ar/comentario

